

LA CRUZ

Tomado de *Las Bienaventuranzas* (Alberto Maggi -Ed. El Almendro)

Razonando según la mentalidad «de los hombres y no de Dios» (Mt 16,23), Simón no se comporta como discípulo, sino como adversario. Por esto Jesús lo equipara al tentador («Vete, Satanás»), pero, al mismo tiempo, con las palabras «vuelve a ponerte detrás de mí», lo invita a situarse en su papel de discípulo.

- En este momento Jesús aclara las condiciones del seguimiento con la segunda invitación a tomar la cruz: « El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y entonces me siga» (Mt 17,24).

- El destino de los discípulos no tendrá por bandera el éxito, sino, como el del Mesías, el rechazo violento por parte de la sociedad civil y religiosa. Jesús invita al grupo de discípulos a abandonar definitivamente toda idea de triunfo y a aceptar la de un amor que llega hasta entregar la propia vida Un 15,13).

- El evangelista con las expresiones «renegar de sí mismo» y «cargar con su cruz» reformula y une las bienaventuranzas de la opción por la pobreza (Mt 5,3) y la de la persecución (Mt 5,10-12). «Renegar de sí mismo» implica la renuncia a toda ambición personal, y «tomar la cruz», aceptar la marginación y la persecución que la fidelidad a la opción por la pobreza comporta. La exclusión, por parte de la sociedad, de los «pobres perseguidos» es representada por el autor de la carta a los Hebreos con la imagen de la «salida del campamento» para seguir a Jesús, «cargados con su oprobio» (Heb 13,13).

- A la invitación a tomar la cruz, común a Mateo y Marcos, Lucas añade la expresión «cada día» (Lc 9,23), subrayando cómo esto es un acto que se repite cada día, renunciando a aquellas lisonjas con las que la sociedad tienta continuamente y que se concretan en el alcance de la felicidad a través del dinero, el prestigio y el poder. Cada día el creyente está llamado a elegir entre la «astucia» del mundo y la «necedad» de la cruz (1 Cor 1,18; 3,18-19).

- También la segunda invitación se formula en Lucas para deshacer un equivoco: «Lo acompañaban por el camino grandes multitudes; él se volvió y les dijo: Sí uno quiere venirse conmigo y no me prefiere a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no carga con su cruz y se viene detrás de mí, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,25-27).

- «Lo acompañaban por el camino grandes multitudes»: la multitud sigue a Jesús como el Mesías esperado por la tradición, el triunfador que, con una acción militar habría echado a los romanos, dominando las naciones paganas e inaugurando el reino de Dios. Jesús advierte a esta «gente», la misma que después desengañada por un Mesías perdedor pedirá su muerte (Lc 23,13-25), que cuantos ambicionan el éxito y la gloria no pueden ser discípulos de un Mesías derrotado y deshonrado.

SÍNTESIS

- La infamia de la cruz es el precio que los «pobres-perseguidos» deben pagar para la creación de la sociedad alternativa, llamada «reino de Dios», cuyos valores son diametralmente opuestos a aquellos de la sociedad injusta.

- La opción por la pobreza, con la renuncia a la ambición del tener, implica la pérdida de la propia reputación "": en un sistema fundado sobre la posesión del dinero, el pobre merece sólo desprecio ". Pues quien elige voluntariamente la pobreza es considerado un loco. Pero precisamente en aquello que es considerado «escándalo» y «necedad», a los ojos de la sociedad, se manifiesta la «potencia de Dios» (1 Cor 1,18.23). La cruz se convierte así en el paso inevitable e indispensable para los «pobres-perseguidos» que permanecen fieles a Jesús en el camino de la verdad hacia la libertad (Jn 8,32).

- Solamente quien es completamente libre puede verdaderamente amar y ponerse al servicio de todos (cf 1 Cor 9,19; Mt 18,1-3). Perder la propia reputación es el único modo de ser totalmente

libres y en consecuencia plenamente animados por el Espíritu (2 Cor 3,17). Y el leño de la cruz, de estéril instrumento de destrucción del hombre se transforma en el vivificante «árbol de la vida» (Ap 2,7; cf Gn 2,9) que alimenta en el creyente aquella linfa vital que le permite realizar el proyecto de Dios sobre el hombre: «Por consiguiente, sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo» (Mt 5,48; Ef 4,13).